

## **“Abriendo el apetito: buscar, sugerir, traducir. La presencia de la narrativa latinoamericana en los catálogos europeos”**

### **1. Por qué no habremos de querer nosotros/ Lo que nunca quisimos (Elvio Romero)**

La literatura latinoamericana es la seña de identidad de nuestra editorial. Su reivindicación y difusión, la razón por la que Candaya existe. Nacimos de una doble y antigua fascinación que se retroalimenta: por Latinoamérica (tras muchos años de viajes, de Paco Robles y míos, por el continente) y por la literatura latinoamericana (que empezamos a frecuentar muy jóvenes, cuando lo más esencial empieza, y que nos ha deparado siempre grandes placeres).

A eso apuntaba nuestra “declaración de intenciones” en diciembre de 2003, cuando el entusiasmo nos hacía inconscientes, pero también poderosos, e iniciamos esta incierta, arriesgada y apasionante aventura: “La editorial Candaya toma su nombre de ese reino fantástico al que se dirigen, montados en Clavileño, Don Quijote y Sancho para acabar con los hechizos diabólicos del gigante Malambruno. Con la misma vocación y voluntad quijotesca nace la editorial Candaya, que pretende, desde su modestia, luchar contra esos otros maleficios, aún más perversos y malintencionados, que condenan al ostracismo a muchos escritores latinoamericanos.

Creemos que la literatura hispanoamericana está viviendo uno de los momentos de mayor vitalidad y creatividad de su historia. Sin embargo, debido a la paralizante sucesión de crisis políticas y económicas, y a la proliferación de políticas editoriales regidas casi exclusivamente por criterios de rentabilidad inmediata, son muchas las dificultades a las que deben enfrentarse obras de reconocida calidad para ser publicadas en España e incluso en sus propios países. Ofrecer un espacio editorial a autores (especialmente hispanoamericanos) que consideramos de gran valor (a los nuevos y a los injustamente olvidados) será el eje de nuestra labor editorial, que quiere estar regida fundamentalmente por tres principios: convencimiento, riesgo y rigor”.

11 años después el mundo ya no es el mismo, los más imprevisibles tsunamis parecen haber agitado y socavado muchos de los cimientos –los económicos, los políticos, los culturales– que, aunque con inestable y a veces dramática precariedad, nos sostenían. Y sin embargo seguimos reconociéndonos en lo esencial de ese ideario que, año tras año y venciendo muchas más dificultades que las que podíamos imaginar, se ha ido convirtiendo en la realidad (o la ilusión de realidad) de un catálogo: 59 libros publicados, 37 de ellos de autores latinoamericanos de diferentes procedencias (Argentina, Ecuador, Chile, México, Paraguay, Perú, Venezuela), algunas ausencias que deberían repararse en nuestro propósito de trazar un mapa de la literatura latinoamericana en nuestro espacio editorial (las de Colombia y Uruguay, tal vez las más perentorias) y algunos hallazgos y logros que después explicaré.

El impulso de Candaya, su prehistoria, se sitúa en agosto del año 2000 en un cafetín de Asunción, donde conocimos a un poeta exiliado de 74 años que había regresado esos días a su país desde Buenos Aires para cumplir con un compromiso casi privado: apoyar y dar impulso a ese lugar que se llamaba (y se llama todavía) “El Café Literario”, y que para nosotros fue un refugio de palabras, música, rostros amigos y también reconfortantes mates, en aquel despiadado invierno austral y en aquella ciudad de decrepita y melancólica belleza, pero sitiada entonces por la desolación, la pobreza, la violencia y el miedo. Ese poeta se llamaba Elvio Romero y cuando leyó con voz casi inaudible versos como estos: “Y mi mensaje: una hoguera/ en el descampado, en la quietud de la noche,/ una llama ardorosa permanentemente prendida/

en esas lomas, con su costumbre de atraerte/ centelleando a tu lado, besándote los pies, el muslo/ inquieto” entendimos porque ese día había tanta gente, tanta gente emocionada, en el Café Literario y por qué todos nos decían una y otra vez que estábamos escuchando al poeta paraguayo más importante de todos los tiempos.

Esa noche, en que por unas horas habitamos el paraíso, nos dejó también un poso largo de inquietud y desconcierto: ¿Cómo podía ser que nosotros que enseñábamos literatura, que leíamos con voracidad a los escritores latinoamericanos, y que sentíamos con tanta fuerza ese “Amor América” del que habla Pablo Neruda en un célebre poema, nunca hubiésemos oído el nombre de Elvio Romero ni conociésemos esa poesía que tanto nos había conmovido y que Miguel Ángel Asturias había definido, como “invadida por la vida, por el juego y el fuego de la vida”? Cuando al regresar a Barcelona descubrimos, no sin sorpresa, que nunca un poeta paraguayo había sido publicado en España, entendimos que aquella *boutade* de Elvio Romero (“Para ser poeta hay que elegir primero el país en que se nace”) que hizo sonreír a todos en Asunción, era algo más que una frase ingeniosa y jocosa. Había demasiados desencuentros, demasiados vasos no comunicantes en nuestra literatura (pues eso sí lo sabíamos desde hacia tiempo: si hay patrias, la patria es la lengua. Somos, aquí y allá, Borges y Cervantes; Vila-Matas y García Márquez: una literatura).

Nunca, en 600 años de vida en común, un poeta paraguayo había sido publicado en España... Creo que de ahí prendió la primera llama, ahí y en otro poema de Elvio Romero, el poema “Por qué”, que se enredó en nuestra indignación y que comienza así: “Por qué no habremos de querer nosotros/ Lo que nunca quisimos; por ejemplo, una casa/ Sobre el remanso de un río,/ Con camalotes en sus costados,/ Con sus ventanas en regocijo.” ¿Por qué no podíamos intentar nosotros reparar algunas de esas ausencias, de esos silencios que amputaban y balcanizaban nuestra literatura, la de aquí y la de allá, que es la misma? ¿Por qué no podíamos crear nosotros un modesto, pero estimulante y cálido espacio de confluencia y diálogo de los escritores del mundo de acá y de los escritores del mundo de allá?

Hubo, sin embargo, que esperar a otro viaje para que se propagara el incendio y nos lanzáramos al abismo de Candaya.

En agosto de 2002 fuimos por primera vez a Venezuela. Fue un viaje sin red, siguiendo algunos rastros borrosos de Enrique Vila-Matas. Buscábamos “un hotel en una nube” a más de 3000 metros de altura (lo recreaba en un artículo de *El País* de febrero de 2002) y “La danza del jaguar”, una novela protagonizada por un pájaro solitario, a la que Vila-Matas aludía, entendimos que a modo de homenaje, en su discurso de recepción del Rómulo Gallegos. El hotel se llamaba Los Frailes y el escritor Ednodio Quintero y a ambos los encontramos en el mítico páramo andino.

Leer a Ednodio Quintero y conocerlo a él en persona (fuimos víctimas de una conjura de sus paisanos que, cuando nos vieron leer su libro de cuentos “El combate” en la Plaza Simón Bolívar de Mérida, no nos dejaron opción: “Estar aquí y no conocer a Ednodio, sería como ir a Cartagena de Indias a finales de los 40 y no querer tomarse un café con Gabo”) fue la convulsión definitiva. ¿Cómo nosotros ni nadie de nuestro entorno habíamos leído esa literatura desconcertante, en la que ese paisaje alucinado y de turbadora belleza que estábamos viendo parecía convertirse en voz, esos relatos de extraña contemporaneidad que aunaban los delirios de Akutagawa, el desprejuicio liberador de Aira y las emociones más oscuras e inquietantes de Coetzee? ¿Cómo nunca se había publicado aún en España –más tarde nos contaron que Sergio Pitol, Juan Villoro y el propio Enrique Vila-Matas lo habían intentado sin éxito- la narrativa de un autor tan excepcional como Ednodio Quintero, que en su país había alcanzado la dimensión de clásico y que convierte cada línea en una fiesta (de los sentidos y de la inteligencia), y cada página en un

“campo minado” (huidas, encierros, caídas, vértigo, metamorfosis, perversiones, heridas, abismos, resistencia, combates), que deja al lector tambaleando y exhausto (“sin aliento, casi sin voz”), pero transformado para siempre?

En diciembre de 2003, *Contra la vida quieta*, una amplia antología de la poesía de Elvio Romero, que incluía un CD con la voz del autor, inauguró nuestra colección de poesía y en mayo de 2004 iniciamos con la novela “Mariana y los comanches” de Ednodio Quintero, Candaya Narrativa. Decidimos que el “sueño de Candaya” (como la periodista Laura Grau, definió nuestro proyecto editorial en un lejano artículo que en 2004 publicó la revista Quimera) era más alto y apasionante que el de una casa a orillas del mar. Acabábamos de vender un modesto solar de un pueblo de la costa de Barcelona, donde proyectábamos construir algún día la casa de nuestros sueños y, tras pagar la hipoteca de nuestros piso y reconvertir un taller de motos en lo que sería la oficina/almacén de la editorial, quedó sólo una módica cantidad: 5000 euros. Ese fue el capital inicial de Candaya. Pensábamos que muy probablemente se agotaría en la publicación de esos dos primeros libros y que ya no tendríamos ninguna posibilidad de conseguir nuevos fondos, pero nos dio igual. Candaya sería seguramente un sueño fugaz, pero esos dos hermosos libros existirían y alguien, tal vez, los leería en España con parecida emoción a la nuestra. Y eso ya valía la pena.

Por una vez, sin embargo, la lógica ciega de los sueños se ha impuesto a la de la realidad y, como decía, aquí estamos todavía 11 años después, siempre al borde del precipicio, pero felices del trabajo realizado; muy orgullosos de algunas de nuestras apuestas y “conquistas”, y saludablemente inquietos (ese placentero cosquilleo...) ante tantos nuevos proyectos que nos esperan.

## **2. Estoy ordenando mi vida con el poema y en el poema es difícil vivir (José Barroeta).**

Sabemos que es una impresión compartida con otros editores y muchos libreros: vamos a contracorriente en el más difícil de los mundos posibles.

En España, la sombra de esta crisis despiadada que tanto nos ha golpeado a todos, es todavía muy alargada. A nadie se nos escapa que la alarmante bajada en las ventas de libros (un 30 %, desde que empezó la crisis según la Asociación de Editores de Madrid) no es ajena a una situación terriblemente dramática: sigue habiendo demasiadas personas (muchas de ellas de la castigada y precarizada clase media, de donde provenían buena parte de los compradores habituales o compulsivos de libros) para las que la supervivencia más elemental (comer, conservar la casa, conseguir un trabajo...) es el principal y, lógicamente, casi único problema. Y un largo y pavoroso etcétera que todos tenemos presente: la proliferación, al parecer incontrolable, de las descargas ilegales de libros; los rigurosos recortes en los presupuestos de las bibliotecas que han reducido prácticamente a cero las nuevas adquisiciones; o la alarmante transformación de las grandes librerías que, frente a la pérdida de facturación, parecen haber renunciado a ser librerías culturales punteras y disminuido muy notablemente su apuesta por la edición independiente más arriesgada.

Adversidades y perversidades de los malambrunos del siglo XXI, a los que se suman otros problemas estructurales más preocupantes si cabe: la deriva hacia el pensamiento único y hacia el deslumbrante imperio de lo tecnológico y tecnocrático, que está convirtiendo la cultura humanista en algo casi residual (como dijo, en una entrevista en Perfil que causó mucha polémica, el escritor argentino Juan José Becerra -en Candaya publicamos la deliciosa nouvelle *La interpretación de un libro*- la literatura “es como una religión marginal”, que se vive con mucha intensidad, pero sólo por una cofradía de resistentes) o la alarmante vulgarización de buena

parte de la literatura, cada vez más apresada por los estereotipos de lo ligero que marca el mercado y por el abuso de las emociones más primarias, dirigidas y "digeribles", por no hablar del avasallador fenómeno de los libros de autoayuda, sobre el que tanto reflexiona el escritor peruano Sergio Galarza en *La librería quemada*, una de nuestras novelas más recientes.

En este complicado e ingrato contexto, que sólo se salva de la desolación por la certeza compartida de que un mundo sin los buenos libros sería el peor de los infiernos posibles, hacer sostenible un proyecto editorial que tiene como ejes la literatura latinoamericana y la nueva narrativa española, no es ni ha sido nada fácil: lo más parecido a una carrera de obstáculos, a ir salvando (día a día) inesperados escollos y dificultades.

Enumeramos brevemente algunos, como invitación al debate de después:

1) Algo que nunca hay que olvidar: aunque en sus países se trate de escritores de referencia o de culto (como, por ejemplo, Victoria de Stefano en Venezuela), publicar a un autor latinoamericano desconocido en España es siempre partir de cero, sin ese primer impulso invisible y protector tan importante que da el pertenecer a una comunidad literaria y humana cercana: la satisfacción de las primeras ventas que suelen estar aseguradas por el entorno de los afectos; el más rápido arranque del boca a boca; el apoyo contagioso de los escritores de su generación y de su ciudad; la confianza de algunas librerías ya ganada previamente; a veces, la participación continuada del escritor en la prensa o en algunos blogs de referencia que facilitan que su nombre vaya sonando. En el caso de los escritores latinoamericanos lo único con lo que contamos para conquistar un espacio en la prensa, los anhelados estantes de las librerías y el interés de los lectores, es la credibilidad de nuestro catálogo. Por eso hay que cuidarlo tanto y ser fiel a un principio tal vez sencillo e ingenuo, pero para nosotros fundamental: no publicar nunca un libro que no nos guste mucho, pues luego no lo vamos a saber defender (lo que significa, entre otras cosas, no escuchar lo cantos de sirena de los libros pagados, a veces muy tentadores). Y luego... pelear a muerte por el libro: el autor y nosotros. No queda otra.

2) Algo que hay contrarrestar continuamente: los prejuicios simplificadores sobre la literatura latinoamericana tan extendidos todavía entre los lectores españoles. "No me interesan las mujeres que levitan ni las jóvenes que comen yeso. A mí me gusta la literatura de ideas, por eso soy tan fan de Danilo Kiss y de otros escritores centroeuropeos". Escuché este fragmento de conversación en un pasillo de la librería Laie de Barcelona, justamente cuando tenía en las manos *Mis dos mundos* (se la quería regalar a Lluís Morral, el librero), la primera novela que publicamos de Sergio Chejfec, un escritor que aunque nació en Buenos Aires se ha emparentado con Handke, Walser y Sebald, y que es tal vez el ejemplo más radical de novela ensayística que conozco (un par de días antes, la periodista cultural Elena Hevia que lo había entrevistado, nos comentaba su temor a que tan peculiar y arriesgado proyecto literario no fuese comprendido por el acomodaticio e infantilizado público lector español). Como muy acertadamente señala el profesor y antólogo de la literatura hispanoamericana Eduardo Bécerra en la revista *Letras Libres*, los resplandores del Boom aún no se han apagado treinta años después. Y lo peor es que tales destellos, antes que para iluminar, han servido para dificultar la percepción del paisaje narrativo hispanoamericano actual en demasiados lectores españoles, cansados ya de epígonos y parricidas de ese modelo literario.

Resulta difícil hacer llegar el mensaje de que la narrativa hispanoamericana actual, como manifiesta el escritor peruano Diego Trelles Paz (*El círculo de los escritores asesinos*) "describe mundos más cercanos, íntimos y sus temas son el desconcierto, la inmigración, el éxito, la envidia, las repercusiones del 11-S, los nuevos miedos, el desamparo, las ilusiones, las dudas o las diferentes formas de violencia que van moldeando el mundo. Y que hoy día el mestizaje de

géneros, con autores como Alejandro Zambra, Oliverio Coelho, Tryno Maldonado, Guadalupe Nettel o Inés Bortagaray produce obras que "pueden ubicarse en esa zona indeterminada donde, de manera oscilante y a menudo indiscernible, se cruzan el ensayo y la novela, la verdad y la ficción, el crítico y el escritor". El escritor "internacional, apátrida, extraterritorial" del que ha hablado en repetidas ocasiones el crítico Ignacio Echevarría.

3) Algo que hay que tratar de conseguir: vencer la resistencia de muchas librerías a aceptar novedades de autores hispanoamericanos, aunque en muchas ocasiones vengan precedidas de las más elogiosas críticas. Nuestra propia distribuidora (el enemigo en casa) nos ha sugerido en más de una ocasión que deberíamos seguir el ejemplo de otras editoriales que han ido reduciendo su nómina de escritores latinoamericanos (o de la nueva narrativa española) para dejar paso en el catálogo a publicaciones más fáciles de "colocar" en las librerías como traducciones (muchas veces sin derechos) de autores centroeuropeos o norteamericanos. Aunque en los últimos años hemos ido incorporando tímidamente otra línea de actuación, la traducción de obras inéditas en español de la narrativa japonesa contemporánea, que es otra de nuestras pasiones, y sabemos que seguramente libreros y editores tienen razón (resulta mucho más fácil vender –y también exportar, por cierto– a Kobo Abe o a Ryunosuke Akutagawa, que a Lázaro Covadlo o a Ramón Bueno Tizón, autor peruano de *La mujer ajena*, un excelente libro de cuentos que acabamos de publicar), siempre nos hemos resistido a hacerles caso. Pensamos, por una parte, que en ese estimulante fenómeno de la bibliodiversidad que ha significado en España el auge de la edición independiente de los últimos años, es muy importante ser fiel a un proyecto que te individualice y te diferencie, y que es, justamente, la suma de apuestas editoriales muy personales y complementarias lo que, con el tiempo, va a enriquecer y fortalecer el tejido cultural del país. Y está, por otra parte, esa amenaza de la que tanto se ha hablado estos días: la burbuja editorial (otra más de las tantas que hemos vivido y estamos viviendo últimamente) y todos sospechamos que hay algo de verdad en esa fatídica expresión: ¿alguien puede creer que hay lectores para los 49.000 libros que, según el Instituto Nacional de Estadística, se publicaron en 2013 en España? Pero paradójicamente muchísimos escritores españoles y latinoamericanos tienen insalvables dificultades para publicar sus libros. A Candaya nos llega, como media, casi dos originales al día. Imposible leerlos y dar respuesta a todos. Es ciertos que muchos de los que alcanzamos a leer, no resisten la lectura de las 10 primeras páginas (también hay más escritores que lectores), pero algunos originales –9 ó 10 cada año, si las cosas van bien– pasan misteriosamente la criba y se convierten en libros. Y eso es profundamente satisfactorio: aunque en los márgenes y con letra pequeña, contribuimos a la construcción de una literatura: la nuestra, la de los casi 495 millones de hispanohablantes. Y ahí no hay burbuja: hay necesidad de más espacios editoriales que se arriesguen.

4) Algo que lamentar: Otra de las consecuencias de la perversa crisis económica, que ha barrido de un plumazo buena parte de los logros conseguidos trabajosamente en las últimas décadas, ha sido que los que gobiernan (en los ayuntamientos, en las diputaciones o desde el propio Ministerio de Cultura) han dejado de considerar a la literatura (a la cultura en general) como un bien prioritario. Han desaparecido, por ejemplo, gran parte de los premios literarios que significaron la puerta de entrada de numerosos escritores hispanoamericanos a la publicación de sus obras en nuestro país (los casos de Di Benedetto y Bolaño, tal vez los más célebres) y para muchas editoriales la seguridad de publicarlos sin pérdidas. Algunos de los premios que sobreviven, como el prestigioso Setenil de cuento, especifican en sus bases que sólo pueden optar a él los autores españoles (no, atención, los publicados en España, lo que podía entenderse como un intento de proteger la industria nacional). De nuevo, la misma y doble angustia: nadie parece entender que somos una única literatura y no lo ponen fácil a la edición de literatura latinoamericana en España

5) Algo que corregir: La exportación de los libros a los países de origen de los escritores latinoamericanos que publicamos está a menudo dificultada por numerosas restricciones en el fondo políticas (Argentina), complicados problemas cambiarios (Venezuela) o incomprensibles requisitos aduaneros (México). Se hace necesario un nuevo marco comercial que facilite las cosas. Resulta sorprendente que a pesar de que el descuento que ofrecemos en los libros que exportamos es de hasta el 65% del precio de venta al público, cuando esos libros llegan a un país latinoamericano se venden, en muchas ocasiones, al doble de lo que cuestan en España y eso lo convierte casi en un producto de lujo, al alcance de muy pocos.

### **3. Hacer habitables estas grietas (Pedro Serrano)**

La literatura habita y se desarrolla en territorios muy distintos. En la era del "duopolio", cuando – como nos recordaba Antonio Rodríguez Rivero en un Babelia de 2013– "los gigantes siempre están hambrientos" y el omnipotente grupo Planeta y la fusión Penguin-Random-Alfaguara controlará "el 80 % de los títulos más vendidos y de los autores más leídos", en España ha habido, en los últimos años, un alentador fenómeno de edición independiente, que a pesar de que ocupamos una franja muy pequeña del mercado (un 2% decía, no sé si con exceso de lucidez o de catastrofismo, nuestro admirado Sergio Gaspar, el editor de la lamentablemente desaparecida DVD), significamos para algunos buenos lectores una esperanza: la de una edición de calidad que no se rige exclusivamente por criterios económicos. Nos sentimos muy lejos de una frase perturbadora que nos dijo una vez la viuda de un conocidísimo novelista y poeta latinoamericano (que paradójicamente era un escritor de raza, de los que escribía con sangre): "No os olvidéis de que al final la literatura es sobre todo un negocio". Tal vez sí para los grandes monopolios editoriales, pero no para muchos proyectos de edición independiente –los que nosotros más admiramos, al menos–. Y ahí reside precisamente nuestro espacio y nuestra grandeza. Tienes que tratar de no suicidarte con cada libro que publicas (otro de nuestros principios de supervivencia –a veces doloroso– es no comprometernos con un libro que no veamos cómo puede recuperar al menos el coste de edición), pero nuestra fuerza y, con el tiempo, nuestro prestigio está en poder publicar libros valiosos, aunque de antemano intuyamos que no va a significar un gran negocio. Por ejemplo, los versos turbadores e iluminados de *Todos han muerto*, la poesía completa de José Barroeta, el Rimbaud venezolano, un libro del que creíamos que difícilmente llegaríamos a agotar la edición (aunque la verdad es que no nos falta mucho), pero que sabíamos con certeza que iba a ser esencial y decisivo para algunos lectores. Una de las ventajas de haber logrado crear una activa y amplia comunidad de seguidores en nuestro facebook, es que algunos nos lo hacen saber. Ot Bleda, uno de esos "amigos" sin rostro, nos escribió desde Barcelona: "He ido leyendo *Todos han muerto* poco a poco, como acostumbro a leer la poesía, pero ahora ha llegado un momento en que necesito devorarlo. Conforme avanza me perturba más, me absorbe su palabra y, cuando lo dejo, después de leer algunos poemas, queda en mí una huella y un sentimiento desconocidos, y una satisfacción muy honda: la del disfrute del arte". Ese mensaje es de 4 de enero de 2015, *Todos han muerto* se publicó en junio de 2006. Han pasado casi 9 años y José Barroeta se sigue leyendo, también en España, con esta pasión. Esa es la victoria.

Hablaba de la esperanza que, en estos tiempos de mercantilización salvaje, ha significado en España la edición independiente. También para la literatura latinoamericana. Algunos sellos – Periférica, Lengua de Trapo, Salto de Página, Tropo, Páginas de Espuma, Malpaso y por supuesto Candaya, por citar algunos creo que especialmente relevantes– han entendido que la vitalidad de nuestra literatura reside en buena medida en lo que, con tanta calidad, pluralidad y riesgo, se está escribiendo al otro lado del atlántico y hemos incorporado un número importante de voces hispanoamericanas a nuestros catálogos. Desde esas editoriales –que son, muchas de ellas, el

proyecto profesional, pero también la aventura de vida de dos, tres, cuatro personas– hemos contribuido a situar en el canon de la nueva latinoamericana a autores como el colombiano Rafael Chaparro (al que publicó *Tropo*), el mexicano Yuri Herrera (al que edita *Periférica*), o, a Sergio Chejfec (del que en Candaya hemos publicado ya cuatro libros), un autor cuya obra ha sido traducida al inglés, francés, alemán, portugués y hebreo, y cuyo radical proyecto literario ha sido uno de los que más ha influido y estimulado en los últimos años al siempre fascinante y sorprendente Enrique Vila-Matas, que no por casualidad lo convirtió a Chejfec en personaje de su novela *El aire de Dylan* y en una de las presencias más destacada de su reflexión sobre los caminos cruzados de la novela contemporánea, que recoge en "Chet Baker piensa en su arte". La importancia de estas arriesgadas apuestas de la edición independiente española queda muy bien sintetizada en la introducción al ensayo *Sergio Chejfec. Trayectorias de una escritura*, donde quince autores de diferentes nacionalidades sitúan a Chejfec entre los clásicos contemporáneos de nuestra lengua, y que empieza con estas palabras: "Antes de la publicación de *Mis dos mundos* por la prestigiosa editorial Candaya y la subsecuente selección de dicha obra como "una de las dos novelas más relevantes de 2008" por la revista literaria *Quimera*, Sergio Chejfec era conocido casi exclusivamente por un grupo fiel pero reducido de estudiosos de la literatura argentina contemporánea. La merecida atención crítica internacional de la que fue objeto *Mis dos mundos* ha convertido a Chejfec en uno de los escritores latinoamericano más estimados del panorama literario actual".

Reivindico de nuevo el concepto de suma, para nosotros esencial en ese territorio de la bibliodiversidad que define el presente. No tenemos ninguna duda de que con la suma de todas estas apuestas –y también las más puntuales de otros sellos– estamos contribuyendo de manera relevante a la proyección de la literatura latinoamericana en España, completando la admirable labor de editoriales todavía de referencia como Anagrama (nos faltan vidas para agradecer a Jorge Herralde –se lo hemos dicho muchas veces– que hayamos podido leer a autores como Bolaño, Piglia, Villoro, Bellatín o Sada) o a pretextos, especialmente en poesía (un catálogo de más de 1000 títulos con mucha presencia hispanoamericana, gracias al que descubrimos a poetas esenciales en nuestra vidas como Juarroz, Cadenas o Montejo)

Me gustaría acabar enumerando brevemente cuatro de esas conquistas o apuestas de las que, sin olvidar nunca que ocupamos sólo una pequeña grieta habitable del universo desmesurado de la edición (en gran medida voluntariamente: nos gustaría evidentemente que nuestros libros llegasen al máximo número de lectores, pero no queremos alcanzar una dimensión que no podamos controlar). Cuando las recordamos y pensamos, estas son, al final, nuestras cuatro razones para no tirar la toalla:

1. Hemos contribuido al descubrimiento en España de algunos escritores fundamentales de la literatura latinoamericana contemporánea, y también, aunque en mucha menor medida de lo que nos gustaría, a que sus libros puedan ser leídos en otros países diferentes al suyo. Citaríamos aquí a los novelistas Ednodio Quintero, Victoria de Stefano, Sergio Chejfec, Juan José Becerra, los poetas Elvio Romero, José Barroeta, María Auxiliadora Álvarez, Pedro Serrano y Carlos Skliar.
2. Hemos creado un espacio de recuperación y proyección de escritores latinoamericanos que por diferentes razones –políticas, económicas o de proyecto personal de vida– viven en Europa desde hace años, y que no acababan de formar parte ni de la literatura española ni de la de su propio país. Podríamos citar aquí al poeta ecuatoriano Mario Campaña, a la ensayista Marina Gasparini y a la poeta Cristina Falcón (ambas venezolanas), al novelista Lázaro Covadlo y a los poetas Teresa Martín Taffarel, Antonio Tello y Carlos Vitale. La incorporación de estos dos últimos poetas en la importante

antología de poesía argentina "La doble sombra", corrobora la necesidad y trascendencia de este proyecto.

3. Estamos especialmente orgullosos de nuestra colección Candaya Ensayo, que pretende ser una herramienta de lectura reflexiva y de debate crítico sobre la obra de algunos autores que se están convirtiendo en nuestros clásicos contemporáneos: Bolaño, Piglia, Villoro; Vila-Matas y Marsé entre los españoles. Son libros que apuestan por el equilibrio entre la erudición académica y la condensación periodística, y que ofrecen, además, algo que nos parece que nunca se había hecho en el mundo editorial: en todos va incorporado un documental inédito, que quiere ser una puerta de acceso al universo más íntimo del escritor que reivindicamos. Ricardo Piglia dijo sobre ellos: "Libros como los de Candaya Ensayo estimulan la producción crítica y son como bibliotecas móviles, que permiten que el diálogo entre escritores y lectores continúe y se enriquezca". En repetidas ocasiones, Jorge Herralde, el editor de Anagrama nos ha expresado su admiración por esta colección.

4. Candaya ha sido, creemos, un exitoso vivero de nuevas e interesantes voces, que están dando mucho qué hablar. También aquí hemos apostado por algunos autores latinoamericanos, cuya obra ha despertado interés. Tres de ellos son peruanos: Sergio Galarza (*Paseador de perros, JFK y La librería quemada*), que fue considerado Nuevo talento FNAC; Diego Trelles (*El círculo de los escritores asesinos*) que con la novela *Boy* ganó el prestigioso premio de Narrativa Joven Francisco Casavella y quedó finalista del Rómulo Gallegos. Estamos muy contentos con la publicación de *Emergencias. Doce cuentos iberoamericanos*, un libro que recoge los mejores relatos de una nueva hornada de jóvenes escritores españoles e hispanoamericanos (de Colombia, Argentina, Uruguay, Ecuador y Perú) que, destacan por su calidad y espíritu de innovación.

Queríamos acabar con una mención especial a una de las últimas obras que hemos publicado *Anatomía de la memoria*, del escritor mexicano Eduardo Ruiz Sosa, una novela que a nosotros nos parece, y esto lo hemos dicho muy pocas veces, una obra maestra, tanto por la originalidad y complejidad de su estructura (con la forma de un tratado de anatomía va diseccionando los mecanismos y las trampas de la memoria); por su estilo envolvente y su prosa hipnótica; por su contenido, que incide en los temas esenciales de nuestro tiempo: la identidad, la memoria, la violencia, la búsqueda de la utopía... Y queremos acabar con la mención de esta obra porque milagrosamente se han dado en ella una serie de condiciones que podrían constituir una síntesis de las aspiraciones que hemos venido exponiendo en esta charla: el autor contó con la ayuda de la I Beca de Creación Literaria Han Nefkens, que le aseguró unas condiciones de vida dignas durante el año que tardó en escribirla; cursó el Máster en Creación Literaria de la Universidad Pompeu Fabra, lo que puso a Eduardo Ruiz Sosa en contacto directo con otros creadores – profesores como Javier Cercas, Juan Villoro, Rodrigo Fresán, Martín Caparrós, Masoliver Ródenas, Jorge Carrión o Marcos Ordóñez– y alumnos de América Latina y de España (de ahí surgió también el proyecto de crear una revista digital); la editorial se aseguró la venta de 500 ejemplares para su distribución a la prensa, a bibliotecas, a las sedes del Instituto Cervantes de toda Europa. El éxito de crítica ha posibilitado que coeditemos en México con la Universidad de Sinaloa *Anatomía de la memoria* y que su autor haya sido incluido en la iniciativa *México20*, lanzada por el CONACULTA, el British Council y el Hay Festival, con motivo de la celebración, en 2015, del Año de México en Reino Unido y el Año de Reino Unido en México. Y, finalmente, estamos aquí, en esta ciudad incomparable, hablando de ella. Más no se puede pedir.